

Leyendo al camarada Nikita



José
María
Cañas

Cualquier lector desprevenido pudiera pensar que estas cosas que narra, con angélica inocencia, nuestro querido camarada, son golondrinas que no hacen verano. Y que si bien parecen monstruosidades, constituyen excepción en la larga historia de los Soviets, o en la aún más larga historia de la política rusa y del funcionamiento de la Policía Secreta, que en el devenir del tiempo ha cambiado de nombre, pero no de hígado.

Para ser justos, hemos de decir, que lo que le ocurrió al Sr. Beria y al Sr. Trotsky no cambia ni introduce mutaciones notables o simplemente visibles, dentro de los métodos que fueron implantados por Iván IV el Terrible, primer Zar de todas las Rusias, (con excepción de algunas) a quien le cabe el honor de haber sido el pionero de la carnicería, de la brutalidad rayana en el más sanguinario acontecer del reino animal con hambre, y cuya memoria, aún perdida en los siglos, vino a restaurar hace poco al implantarse, con toda su pureza y mecánica, la misma furia de violencia y delación; el mismo terror, la terrible y angustiosa matanza de sus más propin cuas fechorías. La historia de Iván no tiene paralelo entre las mejores biografías de panteras, tigres, barrancundas y serpientes que pueblan las selvas africanas, in festan los mares tibios del trópico o se enredan en el matarral de nuestras bajuras. No puede la imaginación diseñar una brutalidad llevada a ese extremo de locura sádica y criminal. La mente se niega a aceptar siquiera la posibilidad de que por el nombre del Cristo de la Iglesia Católica Ortodoxa, una hiena humana pudiera alcanzar semejante furia demoníaca. Asoló al país con sus purgas, despojó a sus enemigos de cuanto tuvieran, mató a todos, incluso a los sirvientes, ahogó a Rusia en sangre, y en una demostración del virtuosismo de su frenesí, asesinó a su hijo mayor; atacó sexualmente a su nuera, la esposa de Fedor; se metió en un convento para violar a la viuda de Yuri su hermano menor, "Sor Alejandrina", superiora de la comunidad religiosa y la hizo tirar al estanque, de cuyas aguas recogieron las monjitas el cadáver. Sus hazañas lo hacen digno, y, aún quizás, modelo de Gengis Khan, y nieto directo de Satanás. De él arranca el establecimiento de la Policía Secreta, que de "Oprichnina" pasó a la "Cheka", y de ésta, a la G.P.U., organización cuyas siglas fueron interpretadas por el pueblo con la frase "Señor, perdona a los difuntos" (Gospodi, Pomi-lui Usopchii).

Murió, hediondo ya antes de morir, porque comenzó a pudrir en vida. Lo heredó su hijo Fedor, zarevith de escasa vitalidad y que murió sin descendencia; eso dio nacimiento a Boris Gudonov, zar de origen oscuro, del que Alejandro Puschkin hizo un libro, y Mussorgski una ópera.

El origen del sistema policíaco actual de Rusia, nació pues, en el siglo XVI, y si bien ha evolucionado en la estructura exterior, conserva su fondo desafortadamente cruel; y la política, al igual que el sistema policíaco, hace uso de los mismos "principios" salvajes cuya realidad es la "falta absoluta de principios". Esto no es historia de ayer. Es de hoy. Lo que narra Nikita parece lo que narró Iván o los cronistas de Iván. Pero todo fue para la mayor felicidad de los pueblos, la más sensible salvación de los desposeídos, por la gracia de los po-

bres, cochambrosos, mugrientos y solemnes.

La historia del Imperio es larga y tortuosa. Grandes figuras y abracadabrantés personalidades. A principios del siglo XVII, el primer Romanov se sentó al trono, y el último, Nicolás II, fue fusilado junto con toda su familia, en Ekaterimburgo, cuando el dilatado imperio se desmoronaba bajo el cáustico de la revolución de octubre. Durante ella, aparecieron, con toda su pureza, los sistemas más preclaros, eficaces y probados del olvidado pero inolvidable Iván IV, el Terrible, y el acontecer, fue, más que un fenómeno sociológico, una interminable hiladura de crímenes, fusilamientos, delaciones, mazmorras, torturas, matanzas, guerras intestinas, aplastamiento de levantiscas masas de labriegos; campesinos, intelectuales, horteras, funcionarios, que no se avenían, a perder la esperanza, a dejar de ser criaturas humanas dueñas de su propio destino. Las estadísticas de esto, causan horror. Ya el romancero español lo había trovado:

Y vinieron los sarracenos
y nos molieron a palos,
que Dios ayuda a los malos
aunque sumen más los buenos.
(La última línea, cambia el original y débese al "estro" poético del comentarista, que pasó las negras para poder a justarla).

La historia de la Policía Secreta, es la Historia del Imperio y de las Repúblicas Socialistas. El pueblo, en su sentido étnico, es heterogéneo; tocado de una fe religiosa ortodoxa y poética; manso, roturando la tierra y recogiendo la mies; loco, cabalgando las estepas; marinos ardientes y bravos, surcan mares fríos enfrentándose a un cruento suicidio como los de Cronstandt. Como pueblo eslavo, es de un fino talento artístico, entremezclado vigorosamente con la sangre semítica de minorías asentadas y afincadas de antaño, hasta dar innumerable suma de genios en las artes y en las ciencias; y desafortados conductores como infortunados líderes. Dentro de sus dilatadas y vastas colinas, estepas, valles, montes mitológicos y aterrizantes, hay de todo: encanto embriagador, poesía pastoril, sonar de caramillos y triscar de cabras; melancólicas saudades del rincón terruño, dolor de corazón con el vivir; a veces precario por lo escaso del hórreo, o halagieño por la buena hornada de miga tibia y olorosa; y todo en el áurea, aiada como incienso de las tardes, que respira la leyenda del Cristo de la Iglesia Rusa, cuyo personaje mítico lo es el "pope", venerable y tardo como un añejo vino del Cáucaso. La lista de figuras literarias soporta el contraste y aún ventaja a la de la Europa culta. Dostoiesky, Tostoy, Gorki, (víctima él y su hijo del medio) son diamantes de universal quilataje; y así los músicos, dentro de cuya actividad, el grupo de los de fin de siglo, encabezado por Modesto Mussorgsky, constituye una opípara cosecha de genios simultáneos. Aún, posterior a ellos, Tchaikosky aportó a la cultura mundial su "orquestación", en un aspecto no superado y de tan profunda significación como lo fue Wagner para la música alemana. Es obvio hablar de Shostakovich y del Magno Stravinsky, cuyo "Rito de la Primavera" es al siglo XX, lo que la IX Sinfonía fue para el XVIII.

En la hora actual, el pueblo renovado sigue su frutar primavera en el desarrollo de grandes mecanismos técnicos y de músicos de validez llameante: Oistrack, el genial celista Rostropovitch, la exuberante Helena Obratsova. Los nombres de Pasternak y Alexander Soljenitsin, al recibir el Nobel, ("Dr. Zhivago" y "Un día de la vida de Iván Denisovich") se incorporaron a los herederos de la línea del gigante decimonono Dostoiesky.

Pero junto a estos títulos deslumbrantes y mundiales, hay una sorda lista de jefes de lo que es la Checa: Dzerjanski, Yagoda,

Yezov, Lavrentij Beria, Chelepin y Andropov. La historia tenebrosa de los 4 primeros, que abarca desde el 19 hasta el 54, constituye toda una armazón policíaca de crueles y bárbaros procedimientos, una red implacable de astucia felina y de asesinato frío, que tiñe la política por encima de toda otra manifestación ulterior. Penetrar en los misterios y ecos de las mazmorras de la plaza Lubianka, es asistir a un aquelarre de asesinatos oscuros. Comparar las purgas de Iván y de la Checa durante 1917-18, es como retratar a dos hijos siameses. La segunda no tuvo la payasada de la fuga del Zar, pero fue tan desoladoramente sanguinaria o peor, porque el país era más poblado y rico. De esos jefes, Dzerjinski, murió de infarto. Yagoda y Beria, fusilados, Yezov, desapareció. Chelepin, destituido, por demasiado poderoso. Ancropov le inspira miedo a Breznev, así como Koseghin se salvó del paredón de la plaza Lubianka porque Stalin entregó el espíritu al Señor.

—¡Alabado sea el Señor!
¡Dos veces alabado sea el Señor!
¡Y que sea alabado, por
tercia vez el Señor! —Así pensó el joven Koseghin, cuando se enteró lo que le había ocurrido al Papá Grande de todas las Repúblicas Socialistas Soviéticas!

Cuando Kruschef abrió la boca, el mundo se asomó al gran drama por medio de un guía de excepción. Ya no era el "ruso blanco", (enemigo del pueblo), o el embajador americano, (enemigos del pueblo), ni el escritor horrorizado, (Victor Serge —se llamaba en realidad Kibalchich— que es ruso tanto como puede serlo la "troika" (enemigo del pueblo). Es uno de ellos, un superviviente por milagro, pues en la hora crucial Beria perdió el juego y el viejo ucraniano lo ganó, a pesar de que tenía cara de tonto. Lo que él diga es la verdad. ¿Que no es verdad, no lo que él dice, sino los embustes de los enemigos del régimen? Es posible, pero lo que él dice calza como pieza de un rompecabezas, con lo que dijeron los otros, aunque lo suaviza, modula, lo hace ilevadero para que la cosa quede digerible, aunque tóxico. Frunze está muerto; Kirov cayó en una emboscada por su donjuanismo; —imposible dejar de referirse al bien amado Kirov, el "delfín" del amo, el hermoso semental puro que en el orden cinematográfico tuvo el golpe de genio de crear la regla "A la pantalla por la cama", de una sabiduría rayana en lo genial, Stalin, cuando lo ungió, lo besó en la boca y le entregó el pergamino que lo elevaba, como heredero N° 1. Lo malo fue la elección del Comité Central. Cuando el jurado emitió el nombre de Kirov primero y Stalin quinto, firmó su sentencia de muerte. Poco antes de que se llegara a la realidad de sustituir a Stalin por Kirov, Yagoda, Jefe de la Cheka a la sazón, avisó al pobre Nikolaiev que su hermosa mujer no estaba donde debiera sino en el lecho del bello Sergio. Kirov murió aquella madrugada. de un tiro del cornudo. La operación había sido realizada con asepsia; con técnica y pureza immaculadas.

¡A Yagoda le cortaron el resuello poco después, para mayor limpieza!

Continuará